XXIX Domingo Tiempo ordinario

Isaías 53,10-11; Hebreos 4,14-16; Marcos 10, 2-16; Marcos 10,35-45

«Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda. Jesús replicó: - No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?»

17 octubre 2021 P. Carlos Padilla Esteban

«Sigo soñando con lo eterno. Amo el amor que no muere. Sé que si soy fiel el cielo hará morada en la tierra. En la debilidad de mi carne he aprendido a ser sincero. A amar la vida en presente»

Aceptar lo que Dios me pide y darle un sí alegre y convencido es un verdadero milagro. El sí a su voluntad, a sus deseos más íntimos me parece imposible. Sé que lo que Él quiere es que sea feliz y mi vida sea plena pero luego veo muchas vidas frustradas, muchos fracasos y dolores y pienso que no siempre la vida es plena y feliz. Me conmueven los que llegan al final de sus vidas agradecidos y satisfechos por haber seguido las huellas de Dios. ¿Tuvieron más suerte? Sé que Dios me quiere donde Él me ha puesto, para que dé fruto allí donde echo mis raíces. Y yo obedezco y sigo su camino con paso firme. Y le digo que sí con voz tímida y algo cobarde. Y se refuerza mi entrega en el sí de aquellos que se ofrecen para siempre en sus manos renunciando a todo. Es verdad, el pecado que observo me desanima, me escandaliza y me quita fuerzas. El dolor causado a otros inocentes por la maldad de los hombres. El odio que es visible en actos de venganza y rabia. Mientras que una vida santa y lograda es un ejemplo que alegra mi espíritu. Un corazón valiente que le dice que sí a Dios para siempre es una alegría para mi alma. La bendición de un neo sacerdote es valiosa porque encierra ese deseo de entregarlo todo para siempre. Sé que detrás de su sí hay toda una historia. No soy ingenuo y sé que no es fácil porque la vida da muchas vueltas y llegarán la derrota y el fracaso. Y él sentirá que no lo ha soltado todo, no lo ha dejado todo y carga aún con cadenas y apegos. Pero su sí cristalino y puro vuelve a alegrar hoy mi corazón. Si él quiere yo también lo quiero y deseo. Si él está dispuesto a dejarse la vida en el intento yo también vuelvo a dar mi sí convencido. Es valiosa su bendición porque me recuerda que yo en mi vida también puedo decir que sí, a lo que ahora vivo, a lo que ahora amo, a lo que me turba y espanta, a lo que me desafía e inquieta. Puedo romper la barrera de mis miedos. Puedo alejar de mí lo que me amenaza como un temor infundado. Puedo empezar de nuevo aún después de la derrota. Puedo confiar en las personas siempre, aún cuando me hayan fallado. El sí de ese hombre frágil y herido, pequeño y niño me anima a mí a ser fiel en lo pequeño, en mi entrega diaria, en mi sí apasionado por la vida que vivo. Ese sí pronunciado con voz queda es la muestra más grande de la presencia de Dios cerca de mí. Me anima a creer que Dios camina a mi lado. Lo vi tumbado en el suelo, con el calor del sol sobre su espalda, y entendí que los caminos de Dios son misteriosos. El hombre hace cálculos y piensa, proyecta y espera. Pero Dios es paciente y sigue acompañando la vida que crece con cortas raíces y tallos frágiles. Y la anima a que siga luchando por no morir. Así es la vocación de Dios a seguir sus pasos. Una llamada silenciosa dentro del alma. Un fuego que se enciende sin que pueda apagarlo. Una irrupción que cambia de golpe todos mis proyectos. Un deseo inmenso de amar la vida, a Dios, a los hombres. La pasión por lo que vivo que ya nunca dejará de estar viva. Y una fuerza interior que no me va a dejar nunca quieto y apagado porque es una luz que todo lo ilumina. Ese sí a la llamada de Dios, echado sobre la roca de una Iglesia, es una fuerza que me anima a mí a seguir adelante, a luchar todavía más y a no perder la esperanza en tiempos donde la esperanza es escasa. Ese sí convencido en tiempos revueltos me abre los ojos y llena mi corazón de fuego. Yo también puedo decir que sí. Yo también puedo despojarme de cadenas y ataduras. Yo también puedo elevarme por encima de esos límites que el mundo y yo mismo hemos construido. Yo puedo abarcar con mis brazos más corazones y vestir de fiesta todas las tristezas que se agolpan ante mi puerta. Yo puedo empezar de nuevo con un corazón valiente que sabe decir que sí en medio de mil dudas y temores. Así es la vida que se yergue después de estar echada, postrada, ante el Dios que la sostiene para siempre en medio de las

luchas. Su sí valiente resuena en mis oídos a golpe de letanías. Como un canto de alabanza por las maravillas que Dios siempre hace en el corazón del hombre. Hace milagros en la pobreza humana. Fortalece ese sí frágil hasta hacerlo firme. Siempre me enamora y conmueve su sí. **En la fuerza de su sí yo renuevo el mío. Me hago niño y me revisto de su alegría.**

El amor verdadero no sucede todos los días. Un amor que es entrega plena y renuncia sincera. Un amor que tiene raíces hondas. Un amor que se abaja para ensalzar a la persona amada. El otro día leía una obra de teatro que me conmovió. Parecía un matrimonio perfecto. En el que todo eran alegría, risas y paz. Pero entonces se desvela un secreto guardado por amor. Algo que la esposa hizo para salvar la vida de su esposo. Al desvelar el secreto surge el desencuentro. Y la reacción violenta de él deja ver que no sucede el milagro que ella esperaba. ¿Cuál era el milagro anhelado? Ella creía que el amor de su esposo era muy grande y poderoso. Y confiaba en que su amor por ella lo llevara a inmolarse y perder la fama por protegerla. Él aceptaría el fraude cometido por su esposa como propio y asumiría todas las consecuencias. Lo perdería todo por salvarla a ella. ¿No es eso algo maravilloso? Sí, sería un milagro maravilloso ser capaz de amar así. Pero en ese momento de rabia no ocurrió nada. En la obra de teatro «*Casa de muñecas*» de H. Ybsen no tiene lugar el milagro. El amor propio de su marido desvela que no hay un amor verdadero. Él se amaba a sí mismo demasiado y por amor no estaba dispuesto a renunciar a nada. Entonces no sucede lo maravilloso. ¿Es posible exigirlo? ¿Puedo exigirle a quien me ama que me ame de esa manera? No, el amor no se puede exigir. No tengo derecho a que me ames y renuncies a todo por mí. Eso no puedo hacerlo. Yo puedo tratar de amar así, pero no puedo esperarlo de la persona amada. A veces el amor puede ser muy inmaduro. Puedo amarte de tal manera que sólo seas una muñeca en su casa de muñecas. En las alegrías estamos felices. Pero cuando vienen los problemas no sé cómo solucionarlos contigo. Cuando no sé hablar de las cosas importantes el amor se queda en la superficie. Se rehúyen los temas delicados. No se habla de las cosas que merecen la pena. No se enfrentan juntos los problemas que suceden ante mis ojos. El amor inmaduro no me deja crecer como persona. Ese amor inmaduro no es verdaderamente amor, es sólo fascinación o enamoramiento. En esa etapa del amor el yo está en el primer plano. Yo antes que tú. Yo por encima de todo lo que suceda. Eso no es un amor verdadero, hondo y santo. No es el amor que me permite ser fiel toda mi vida a la persona que Dios ha puesto en mi camino. A menudo el amor no madura y permanece en una fase instintiva. Comenta el P. Kentenich: «*Por amor primitivo entendemos el amor concupiscentiæ, que ama a Dios y al hombre principalmente en atención al beneficio propio. Este amor ama para recibir algo. Amo a un ser humano porque me enriquece interiormente, porque me hace madurar. Así amo a Dios, y sé que, por la entrega a Dios, se saciará en mí el instinto de felicidad y se desarrollará en mí el afán de valer*»[1]. Este amor que no madura no es un amor duradero. Muere antes de lo que se espera. El amor en esta fase no resiste las dificultades y pruebas del camino. El amor maduro es el que ama al otro por él mismo. Y quiere que crezca, avance y logre todo lo que sueña. Ese amor está abierto al sacrificio y entiende que en el centro sólo puede estar la persona amada. Esa forma de amar es un milagro, algo maravilloso que sólo sucede en mí por obra de Dios. Lo normal es que ame a cambio de algo. Que espere recibir un bien al amar. Que me correspondan todo lo que entrego. Que sean conmigo tan buenos como yo soy con ellos. Ese amor generoso y abnegado al que aspiro me parece muchas veces inalcanzable. ¿Estoy dispuesto a perderlo todo por proteger y salvar a la persona amada? ¿Aceptaría con alegría perder mi fama, mi nombre, mi carrera, mi prestigio por proteger a mi amado? Es así el amor de Cristo que lo pierde todo en la cruz por amor a mí. Se entrega en manos de los hombres para que yo entienda el sentido del verdadero amor. Un amor que sabe que la renuncia es el alimento constante del amor. Quisiera entender que saberme amado así en lo humano me hace mucho más presente el amor de Dios en mi vida. Si alguien con límites y naturaleza como la mía me ama de esta forma, no puedo ni imaginar cómo será el amor de Dios. Yo quisiera aprender a amar así. Yo no estoy en el centro. No soy el importante. Los celos que surgen vienen de mis heridas, cuando fui abandonado o rechazado. Mis desconfianzas proceden de mi inseguridad innata. No quiero desconfiar cada día de la persona que me ama, así como no deseo que desconfíen nunca de mi amor. Amar significa renunciar,

[1] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

sacrificarme y entregarlo todo para cuidar a quien me ama, a quien amo. No quiero que esa persona se quede quieta en el lugar que he deseado para ella. Quieta en ese espacio sagrado, como en una caja de muñecas, donde vivo y disfruto a su lado. Quiero que la grandeza del amor crezca. Quiero abrirme a todo lo que pueda sucederme y siempre poner al otro en el centro. En los momentos duros seré capaz de inmolarme por amor. Renunciaré a mi felicidad para que el otro pueda ser feliz. Quiero un amor así, capaz de vivir cada día lo maravilloso. Amando desde mi entrega. Sin esperar nada y confiando siempre. **Merece la pena ese amor lleno de milagros.**

Con frecuencia deseo que lo que me gusta dure eternamente. No quiero cambiar mis hábitos ni derogar mis costumbres. Intento que la vida siga su curso sin dejar huellas a su paso. Que no se altere el curso de las aguas y todo sea bueno, plácido, beneficioso. Por eso me cuestan las despedidas y los adioses. El final de algo, la partida y la ausencia. Es cierto que la realidad no es como yo deseo. Y las cosas no siempre se pueden arreglar cuando se han roto. Nadie reemplaza a nadie cuando ha partido. Cada uno es diferente, único. Y el presente no puede ser exactamente igual al pasado. Aunque parezca a veces que hay cosas similares, siempre es distinto. Los momentos compartidos se guardan dentro de algún compartimento estanco que tengo dentro del alma. Y la historia vivida nadie puede borrarla letra a letra, es sagrada. Nada empaña la amistad, el amor o el cariño. Ni siquiera el sentir que nada será lo mismo. Me gusta definir las cosas desde lo que son, no desde lo que les falta. Y por eso me gusta no definirme según mis defectos o carencias. Todo lo contrario. Por lo que soy me nombro y nombro igual a lo que vivo y es real. Ya sea presente o pasado, es lo mismo. Una persona discapacitada, a quien le faltaba una pierna, cuando le preguntan sobre cómo lleva tan bien su discapacidad, contesta: *«Sólo es que nunca he querido que me defina, ¿sabes? No quería que la parte ausente fuera quien soy»*[2]. Me defino por mi presente, pero soy hijo de mi historia santa. No soy igual a antes de haber partido. Y no soy el mismo sin todo lo que he vivido, amado y sufrido. Los años que llevo dentro son oro fino y la vida se desplaza lentamente por caminos largos y hondos, todo tiene un sentido. Me cuesta decir adiós, el final de algo siempre duele. Aunque nada acabe del todo, ni siquiera con el último aliento. Nadie es imprescindible y tampoco remplazable. Ocupar el lugar de otro es ultrajar su pasado. Pero forma parte de la vida pensar que alguien vendrá que ocupará mis huellas, los pasos dejados y sostendrá las mismas palabras que antes yo decía. Y aún así cuando me voy, me sigo quedando. En tantos que me recuerdan. En las conversaciones sagradas que yo recuerdo. En algún que otro abrazo. En una forma de hacer las cosas muy determinada. En una aventura aprendida por caminos imposibles. En una risa larga y pronunciada. En un hola y un hasta luego dicho al pasar por el camino. Nada de lo ocurrido desaparece, ha quedado la huella, el surco, la herida, el reflejo, el aliento suspendido en el aire. Y un hasta siempre apenas audible. Es lo que siento. El adiós no es nunca definitivo, ni siquiera con la muerte. Y la ausencia sigue sin definirme, pero me duele. Y tengo que aceptarla como acepto el calor y el frío, la lluvia o la sequía que deja sin agua mi río. Me asustan las despedidas y al mismo tiempo lo entiendo. Cuando duele dentro el alma es como el río, que suena porque lleva piedras dentro. Y si decir adiós me emociona es porque la vida me ha hecho así, apegado a los sueños, a los días y a la tierra. Me ha hecho tan humano para reflejar en mi torpeza un trozo desconocido del cielo. Y eso me consuela. Por eso ahora me callo mientras se hace honda la ausencia. Con lágrimas que me bebo para pasar pronto el rato. Un adiós sencillo, casi un hasta luego. Porque la vida sigue y no sé cómo da muchas vueltas. Y lo vivido, montaña arriba, montaña abajo, queda grabado más allá de unas pocas fotos. La memoria reside en el alma, allí donde lloro mi llanto y siento que se desgarra el vientre. Duele tanto la pérdida. Y los sueños vividos que se hicieron vida, paso a paso. Y la alegría compartida, y las lágrimas. Y ese caminar lleno de vida, los amigos compartidos. Y tantos recuerdos que guardo. La memoria me salva, lo tengo claro. Lloro el presente mientras lo beso. Y abrazo la ausencia que duele dentro. Decir adiós es fácil, al menos lo parece. Y seguir otro camino. Senderos que llevan al cielo. Y comenzar nuevas rutas, sin miedo. Sufre más el que se queda. Aunque el que parta desgarra una parte de su alma, porque supo echar raíces y amar siempre hasta el extremo. Y se queda en mil almas que un día se le confiaron. Y no tiene miedo al vuelo, a las puertas que se abren y esas otras que se cierran. Y los

[2] Lucinda Riley, Ana Isabel Sánchez Díez, *La hermana perla (Las Siete Hermanas 4): La historia de CeCe*

cantos que se lleva, melodías de cielo en el alma. Merece la pena vivir, aunque despedirse duela. Merece la pena el vínculo que me ata con cadenas. Merece la pena ser fiel a lo que Dios ha sembrado, a la paz que surca el alma, a los vientos que me elevan. A la soledad que habito, a la amistad que me guarda, a esa oración que asciende como canto de esperanza. Sigo soñando con lo eterno. Amo el amor que no muere. Sé que si soy fiel el cielo hará morada en la tierra. En la debilidad de mi carne he aprendido a ser sincero. A amar la vida en presente y a vivir hoy cada paso como si fueran los últimos. **Nada temo. Me despido y sigo esperando el regreso. El reencuentro.**

Vivir la misericordia supone aprender a vivir la gratuidad. No tengo derecho a tantas cosas que considero que me deben. Hoy repito en el salmo: *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. Su misericordia llena la tierra. Los ojos del Señor están puestos en sus fieles en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre».* La misericordia del Señor es un amor que desciende. Se abaja sobre mi vida y llega a donde me encuentro. El amor de Dios es ese amor que nadie me debe. Es un don, una gracia que se me regala. Voy caminando por la vida convencido de todo lo que el mundo me debe. Me deben amor, me deben benevolencia. Es como si los demás estuvieran en deuda conmigo. Creo tener derecho a demasiadas cosas. cuando me creo dueño de mi vida y señor de lo que hago, me alejo del poder de Dios y también de su misericordia. No necesito la compasión, no la quiero. ¡Cuántas veces rehúyo a los que quieren regalarme su amor misericordioso! Creo que lo hacen por compasión y no la acepto. No quiero que tengan piedad de mí. Es doloroso renunciar entonces a ese único amor humano que parece abajarse hasta mi miseria. Pero no lo quiero. No quiero el cielo por compasión. Prefiero el infierno para pagar mis deudas, mis errores y caídas. No creo en la misericordia, opto por la justicia que le da a cada uno lo que se le debe. Ni más ni menos. La misericordia es siempre excesiva. Así pienso a veces. Así me dice el mundo que es la vida. Nadie da nada gratis sin perseguir segundas intenciones. ¿Es siempre así? ¿El hombre es incapaz de la misericordia? No lo creo. Pero el mundo me hace pensar que sí lo es. Que todo lo que reciba tiene que ser como pago por lo realizado. He actuado correctamente, tengo entonces derecho al premio, a la gloria. He actuado de forma depravada, todo lo malo que me pase será merecido. La justicia tiene esas cosas, a cada uno según lo realizado. Cada uno lo que se merece. Pero no puede ser así todo. No se rige todo por un *«hazlo todo bien para merecer el amor de todos»*. Aunque debo asumir que es así cómo aprendí de niño a enfrentar la vida. Da satisfacción a todo lo que te piden. Compórtate bien para que el mundo te acepte. Responde a todas las expectativas que tienen sobre ti. Entonces merecerás el amor, la vida, la felicidad, la paz. Todo será entonces un pago por tu buen comportamiento. ¿Cuándo se quiebra ese pensamiento mágico que alguien puso dentro de mí no sé bien cuándo? Se quiebra cuando no lo hago todo bien. O intentándolo unos quedan insatisfechos, otros se alejan de mí porque no respondo como ellos quieren. Fracaso en esa expectativa mágica de hacer felices a todos los hombres. Y con dolor compruebo que no soy perfecto. ¡Cuánto duele el fracaso! Siento que debo purgar mi culpa, redimirme a mí mismo por el daño causado. Experimento el dolor del orgullo. No pude solo, no pude. Y entonces paladeo los sinsabores de una vida llena de desprecios. Y es entonces cuando puedo ser salvado. Cuando ya nadie me aprecia y soy olvidado. Cuando acaricio la superficie llena de aristas de una vida sin derechos. Sólo cuando he tocado mi miseria necesito una mirada que no sea la del juez. Decía S. Agustín: *«Toda mi esperanza estriba sólo en tu muy grande misericordia. ¡Dame lo que me pides y pídeme lo que quieras!».* Me muestra el camino. Hay algo más aparte del deber cumplido. Algo más allá del pago por mis servicios. Lo que me merezco, mis méritos, mi dignidad. Vivo soñando con ganarme el cielo sin saber que no hay precio que lo pague. Vivo tratando de hacer buena letra para que nadie encuentre manchas en mi expediente. Deseando que mi fama quede a resguardo y nada ni nadie puede enturbiarla. Tengo derecho a la gloria sólo si me la merezco. Es tan fácil caer en esa actitud y alimentarla cada día con mis esfuerzos constantes por estar a la altura y dar la talla. Sólo cuando experimento la miseria y el abandono me doy cuenta de que lo único que puedo esperar es la gratuidad, un don, no el pago por un derecho. Sólo me cabe aceptar la misericordia como pago por mi incapacidad. Sólo un indulto por todos mis pecados. No soy digno de nada salvo del amor de Dios. Esa misericordia es la que me salva siempre y me permite mirar a los hombres también con compasión. Cuenta el P. Kentenicha sobre la experiencia de Dostoiewski

quien habiendo sido condenado a muerte y estando ya en el cadalso, llega de pronto el indulto: «*Su biógrafo nos relata: - Esos instantes que había pasado al pie de la horca dejaron en él una determinada impresión. Vio que esos hombres eran pobres oprimidos, esclavos que andan a tientas en la oscuridad, inocentes en lo profundo de sus corazones y dignos de todo perdón. Al bajar más tarde del patíbulo, todo le pareció tan insignificante, todo menos el amor. Había comprendido que todos los hombres son seres que sufren, que todos ellos siguen siendo dignos de compasión y que nadie puede llegar a ser indigno del amor. Y esto mismo es lo que anunció a lo largo de toda su vida ulterior*»[3]. Sólo cuando no tengo derecho a nada se me abre la puerta de la misericordia. Y comprendo que nada puede salvarme, ni mis obras, ni mis palabras, ni mis gestos generosos. Sólo la misericordia de Dios puede devolverme la dignidad perdida, el orgullo herido. **Sólo el amor sin obligación de los hombres puede salvar mi vida.**

Con Dios quiero ser directo y sincero. Decirle las cosas tal como las siento. Cuando esté enfadado gritárselo a la cara. Cuando tenga miedo decirle que sin Él nada puedo y que me hace falta para poder caminar. Cuando me duela la ausencia de los que amo, decirle que es injusto, que los necesito, que no me los quite, que me los devuelva. Cuando me hiera la soledad abrazarme a su rostro suplicándole su compañía, su amor, su mirada. Así quiero ser con Él y no guardarme nada. Y es que yo prefiero a las personas directas que me dicen a la cara lo que sienten, lo que les falta, lo que necesitan. Me gustan los que no se andan con rodeos para decirlo todo de forma clara y llaman a las cosas por su nombre. Me gustan aquellos que no ocultan nada detrás de su sonrisa complaciente. Amo sus gritos cuando son veraces. Me gustan sus sonrisas cuando son ciertas. Sé que no guardan un as debajo de la manga y no ocultan lo que de verdad piensan, son transparentes. Me gusta la asertividad de aquellos a los que amo. Si no quieren ir, que no vayan. Si quieren quedarse se pueden quedar. Si no están dispuestos a hacer algo, que no lo hagan, que no se engañen, ni me engañen. Y si dicen que van, pues que vengan. Eso me gusta, más que las apariencias bajo las que disimulan algunos. Quiero ser así, transparente, a la hora de mostrarle mi corazón a Dios y también cuando quiera pedirle lo que más deseo dentro del alma. Así son los hijos de Zebedeo con Jesús a quien tanto aman: «*En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: - Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir. Les preguntó: - ¿Qué queréis que haga por vosotros? Contestaron: - Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda*». Juan y Santiago eran junto con Pedro los tres discípulos más amados por Jesús. Eran los elegidos, los protegidos, los consentidos. Jesús los amaba de forma predilecta. Los había llamado, los había elegido entre muchos. Y ellos se sentían queridos por Jesús de forma especial. No me cuesta imaginarme esta actitud de Juan y Santiago. Es una actitud que veo con frecuencia en mí y en otros. El corazón desea y busca los mejores lugares y los puestos más cerca de Jesús. Los primeros puestos en la vida dan prestigio, es como si al ser reconocido por el mundo aumentara mi valor. ¿Valgo más cuando me alaban? ¿Tengo menos valor cuando me critican? Todo es vanidad. Ellos querían ser los elegidos por encima de otros. Querían los sitios de honor a la derecha e izquierda de Jesús. Soñaban con lugares especiales. Tienen ese deseo en el corazón y lo expresan abiertamente, sin tapujos, sin pudor. Es verdad que es sano ser asertivo y sincero como lo son ellos. Pero sus deseos son demasiado del mundo. Son los mismos deseos que yo albergo. ¿Por qué estoy haciendo las cosas que hago? Veo que guardo intenciones secretas, inconfesables. Pretendo algo que no soy capaz de decirle claramente a Dios, ni a nadie. Me busco a mí mismo, quiero la alegría de ser reconocido. Es sano aprender a decir lo que pienso, lo que quiero, eso es bueno. Esa forma de comportarme exige ser honesto conmigo mismo y desnudarme ante mis propios ojos. Yo también me engaño muchas veces cuando pretendo aspirar a una santidad pura y sin mancha. Digo que hago las cosas por amor a Dios y a los hombres. Que lo hago de forma desinteresada, pero no es cierto, me busco a mí mismo. Guardo algún interés oculto en mi interior. Quiero los mejores puestos en el cielo como premio, como pago por mis méritos. Busco la fama y la gloria a los mismos ojos de Dios. Deseo que Jesús se conmueva ante mi belleza y ante mi bondad. Sueño con que su amor me eleve por encima del resto de los hombres. Quiero ser el más amado de todos. Todo lo que siento responde más bien a una herida de amor con la que he nacido, he sido herido desde la cuna. Y quiero con el reconocimiento

[3] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

que se compense esa falta de amor que he sufrido. Que ahora Dios se abaje y me levante, que me encumbre por encima de todos. Quiero me coloque en un trono erigido sobre todo lo que veo. Deseo ser alguien especial y muy amado, alguien capaz de marcar la historia y dejar huella entre los hombres. Siempre de nuevo los primeros puestos. Una y otra vez mi deseo de valer. Es tan humillante reconocerme en los discípulos hoy. Veo mi afán por ser aceptado y amado en mi verdad. Tanta pobreza en mi mirada. Tanta mezquindad. Digo lo que pienso hoy y miro con honestidad mi corazón. ¿Qué siento en lo más profundo? ¿También yo deseo que Jesús me mire y me diga que sí, que estaré junto a Él para siempre, en el mejor puesto que pueda haber soñado? Lo miro conmovido en mi pecado. El pecado del orgullo y la vanidad, el pecado de la soberbia, cuando no quiero quedar por debajo de nadie. Yo mando, yo valgo, yo venzo. **Lo miro humillado. Le digo lo que siento.**

Jesús no se asusta al escuchar a sus discípulos y no se sorprende con su extraña pregunta. Se da cuenta de algo importante, no han entendido nada**.** Por eso los mira conmovido y les dice lo que significa seguir hasta el final al hijo del hombre que ha venido a entregar la vida por amor**:** «*No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar? Contestaron: - Lo somos. Jesús les dijo: - El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado*». Realmente comprende que no han entendido nada. No saben lo que piden. No entienden cómo es su corazón. Y entonces les pregunta si están dispuestos a dar la vida, a seguirlo hasta el final. Es sencillo decir con palabras lo que estoy dispuesto a hacer, a dar, a amar. Pero luego la vida es difícil y no es sencillo beber el cáliz o ser bautizado con Jesús. No es tan agradable correr la misma suerte que Jesús y sufrir su misma muerte. Temo todo aquello que rodea su vida en la tierra: el olvido y el rechazo, las persecuciones y el desprecio. Me refugio en mis deseos, porque yo quiero los primeros puestos y la fama, el éxito y los logros. Deseo vencer y no perder. Triunfar y no fracasar. Los discípulos confiesan que están dispuestos a todo, aunque no saben cómo será ese todo, ese seguimiento y esa entrega hasta dar la vida. Jesús los ama y acepta con alegría su disponibilidad, quieren darlo todo porque lo aman. Es bonito ver las cosas de esta forma. Están dispuestos a todo aunque duela el alma. Es lo que ellos quieren y yo también lo deseo. Lo acepto con alegría aunque me quede sin esa vida que tanto amo. ¿Estoy dispuesto a dar la vida hasta el final? He visto la vida como una carrera de obstáculos. Y he soñado con llegar al final en los primeros puestos. Sé que estar dispuesto a perder la vida es un paso mayor, una audacia más grande. Me gustan el poder, el poseer, el control y los logros. Y Jesús me aclara que no tengo que ser como los hombres de este mundo: «*Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, reuniéndolos, les dijo: - Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso. El que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos*». El poder puede acabar en tiranía. Un gobierno absoluto, una forma de amar que denigra, hiere y ofende. Mandar de esa forma es lo que me ofrece el mundo hoy. Quiere que sea poderoso, quiere que mande por encima de todos. El servicio a los demás, el ser esclavo. Es todo lo contrario a lo que deseo. Me gusta tener el poder y mandar. Que los demás hagan lo que yo deseo. Que obedezcan mis órdenes y se adapten a mis puntos de vista. El poder en sí no es malo si da vida a muchos, no siempre sucede. Decía el P. Kentenich: «Sólo tienen *que ver lo siguiente: ¿estoy apegado a las cosas? ¿O puedo decir, con tranquilidad, "Mi Dios y mi todo"? Si este es el caso, entonces es correcto. No obstante, también me está permitido alegrarme del poder y del prestigio, sólo que no debo estar apegado de forma esclavizada a ellos. Deben ser peldaños orgánicos para llegar a Dios: mi Dios y mi todo*»[4]. Usar bien el poder es una misión sagrada. Siempre tendré una cuota de poder. Podré decidir sobre algo, sobre alguien y tendré que hacerlo con un respeto inmenso, con una delicadeza sagrada. Sin apegarme a lo que poseo, al poder que detento. Sin pretender quedarme siempre en el lugar que hoy habito. Sin querer retenerlo todo. Para ello tengo que ser esclavo de Dios y siervo de los hombres. Pero ese cambio de mirada no suele ser tan sencillo. Es necesario estar dispuesto a renunciar a todo por amor. Aceptar que vengo a servir y no a ser servido. Reconocer mi pobreza y asumir que no puedo dedicarme a querer ser el mejor. Cuando tengo poder, cuando alguien me lo

[4] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

da, cuando Dios lo pone en mis manos, puedo usarlo bien o puedo ser un tirano. Le pido a Dios que me enseñe a servir con humildad, a mandar desde mi humanidad, a aceptar las críticas y las correcciones, a asumir que necesito a los demás para vivir. Es un salto de fe y de confianza. **Me gustaría vivir siempre sirviendo y no pensar tanto en mi honor, o en mi fama.**